

## DEL SILENCIADO EXILIO HASTA LA TRÁGICA MUERTE

Desde mi celda pude ver cómo se acercaban los caballos de los miguelistas en la lejanía. Agarrándome el sayo con ambas manos, corrí por el pasillo en dirección a su celda.

Al llegar, abrí con sigilo la puerta y me introduje en la estancia. Agazapado junto a una pila de libros, mi compañero esgrimía la pluma sobre un pedazo de pergamino.

Conforme me acercaba a su mesa de estudio, pude comprobar que seguía escribiendo aquel diario suyo en el que anotaba los monótonos sucesos que le llevaban aconteciendo en los últimos meses.

12 de Marzo de 1827

*Otro día más confinado en este olvidado convento. Las horas de oración comienzan a hacerse largas y tediosas, apenas hay ya sitio para mí entre estas paredes y siento que todo a mi alrededor me oprime. No han pasado ni dos semanas desde la última vez que los soldados del Infante D. Miguel me llevaron de nuevo ante la policía y tuve que soportar, con todo mi pesar, las graves acusaciones que se me imputaban.*

- Pues no tardarán mucho en llevárselo de nuevo-le dije con cautela, una vez estuve a su lado.

Como movido por un resorte, Muñoz Torrero tapó precipitadamente con sus brazos lo que estaba escribiendo.

- Por Dios, Fray Gabriel, ¿con qué me hostiga usted ahora, en mi momento de reflexión? -me dijo enarcando las cejas.

- Don Diego, a la entrada del convento ya resuenan los cascos de los miguelistas, vengo a avisarle para que esconda sus escritos y huya rápido al huerto.a esconderse mientras dura el registro.

Sin perder un segundo, el hermano Don Diego comenzó a revolver sus legajos escondiendo apresuradamente sus pergaminos mientras los llevaba de un lado a otro.

- Mi buen amigo Gabriel, de no ser por usted, única alma comprensiva por estos entornos que apoya mi causa, ya habría caído hace mucho tiempo -empezó a decirme- ¡Cuántos registros! Como mínimo veinte en los tres años que llevo en Portugal desde mi huida de España. Ah, de no ser por vuestra ayuda, ¡en cuantas ocasiones me habrían

atrapado!

Tras una piedra suelta en la pared, Muñoz Torrero sepultó la maraña de documentos.

- Ya, ya, déjese de agradecimientos, Don Diego.-le dije ruborizado- Que yo llevo en la sangre eso de ser liberal, y muy de acuerdo estoy con usted en todo lo que dice en esa Constitución suya, que redactó unos años atrás allí en Cádiz, ¡hasta Portugal llegó, la bendita!

- No puedo perder más tiempo.-me dijo Don Diego secándose el sudor de la frente -Si le preguntan, amigo Gabriel, dígame a esos condenados del registro que he salido con los Hermanos a repartir limosna, puesto que hoy no me esconderé en el huerto; tengo reunión en el bosque dentro de media hora.

- En cuanto se marchen, también yo iré para allá- le afirmé.

Diego Muñoz Torrero salió de su celda y corrió por el pasillo central del convento rumbo a la cocina. La puerta trasera que daba al huerto era la mejor vía de escape en esos casos.

Atravesando el patio y dejando atrás las pequeñas tierras de cultivo diseminadas por el jardín, Don Diego cruzó los límites del convento y se internó en la maleza del bosque.

Pasarían dos horas hasta que volviera a tener noticias de mi amigo; mientras tanto, aguardaría pacientemente a que los soldados del Infante Miguel terminasen con su condenado registro; luego me pondría al corriente de todo cuanto hubiese dicho en la reunión durante mi ausencia.

Don Diego llegó a un pequeño claro en el corazón del bosque donde le esperaban sus compatriotas.

Al menos quince hombres se encontraban allí congregados esperando a Don Diego, varios dispersos en las esquinas del claro, ojo avizor por si se acercaba algún intruso, otros, en el centro de un amplio corro, murmuraban cabizbajos entre ellos.

Al ver a Muñoz Torrero, los asistentes a la Reunión del Partido Liberal terminaron con sus conversaciones y atendieron a las palabras que les dirigió el cura:

- Compañeros, os pido disculpas por el retraso-dijo resollando débilmente- Un nuevo e inesperado registro me ha hecho entretenerme más de la cuenta; Fray Gabriel vendrá un

poco más tarde, va a hacer frente a los miguelistas durante la inspección; por suerte, creo que me ha dado tiempo a guardarlo todo...

Como despertando de este monólogo interior, Muñoz Torrero se aclaró la garganta y se dirigió solemne a sus compatriotas:

- Señores, la razón de la reunión de hoy no tiene otro objetivo que el de la advertencia.-dictaminó- Vienen tiempos difíciles para Portugal: flota en el aire el olor de la pólvora, presagio una guerra por parte de los miguelistas ahora que Juan VI está en su lecho de muerte.

"Amigos, como sabéis, en 1823 huí a Badajoz una vez los Cien Mil Hijos de San Luis pusieron pie en España. Mi propósito de hacer firmar la Constitución de 1812 a Fernando VII se vio truncado en cuanto ese inepto no se presentó en El Pedernoso, en Cuenca, el día acordado para prestar juramento.

Sabedor de las persecuciones que tendrían lugar en España contra nosotros, los liberales de Cádiz, me dirigí a Campo Maior, aquí, en Portugal, donde llevo ya año y medio, puesto que conocía del régimen liberal que desde 1822 el rey Juan VI había impuesto.

Sin embargo, tamaña fue mi sorpresa al notar, a los pocos meses de haberme instalado en el convento, que un grupo de hombres, al mando del Infante portugués D. Miguel, se aliaban con España para perseguir a los liberales exiliados.

Por si fuera poco, la fuerza de los miguelistas es tal, que ya han anulado la Constitución Liberal portuguesa, ahora que Juan VI está moribundo y no puede hacerles frente, y la guerra civil no tardará en estallar una vez el monarca caiga.

Señores, esconderse ya no es una opción. Muchos de los nuestros, por conservar sus ideales, se han metido al ejército o incluso en los monasterios, para intentar salvarse de la total represión a la que nos vemos continuamente sometidos. El mismo Fray Gabriel es un ejemplo de ellos. Noble de Cádiz y a favor de las Cortes Constitucionales, no dudó un momento en hacerse pasar por cura y huir como yo hacía Campo Maior, donde ha querido la fortuna que nos encontremos.

Pero ahora no hay seguridad en ningún rincón de la Península.

En conclusión, y si queremos seguir con vida, es necesario huir inmediatamente al

extranjero, a Francia o a Inglaterra, donde aún tendríamos posibilidades.

Por ello, mi intención es tomar un barco para final de año y partir hacia allí lo antes posible. Tengo un contacto cerca de Lisboa que puede garantizarnos un navío. Estaré dispuesto a prestar ayuda a todo aquel liberal de esta Reunión del Partido que pretenda o intente seguir mis pasos."

La mayor parte de los exiliados españoles prorrumpió en un grito, y con el clamor de voces Don Diego no pudo oír la voz interior que le advertía de lo que se le venía encima.

Y Muñoz Torrero se sintió esperanzado por su decisión sin saber que con ella se condenaba a muerte.

Durante el año siguiente, Don Diego se dedicó a preparar en secreto el viaje a Lisboa, en colaboración con unos cuantos hombres que le acompañarían en la huida.

¡Cuántas veces habría pagado por cambiar la suerte de mi amigo Don Diego! ¡Qué negro amaneció el día que le vi marcharse del convento junto a sus compañeros...!

A principios de Noviembre de 1828 recibí la noticia de que habían encarcelado a Don Diego en la Torre de San Julián de la Barra, cuando estaba a poca distancia de Lisboa.

Los compatriotas que lo acompañaban habían sido brutalmente asesinados en el lugar mismo de la detención, a manos de los soldados del Infante Miguel.

Como veía muy difícil la liberación de mi compañero de esa cárcel infernal de San Julián de la Barra, me di prisa e intenté salvaguardar los documentos que Don Diego había escrito y que seguían escondidos tras la losa de la pared en su estudio.

Desafortunadamente, esa misma tarde volvieron los soldados del absolutista para hacer expolio de la celda que había pertenecido al exiliado español, antes de fugarse del convento.

Encontraron por azar el escondite secreto de Don Diego y procedieron a la quema inmediata de todos sus documentos.

No tuve tiempo ni oportunidad de rescatar ningún escrito del azote de las llamas.

Todas las memorias de Don Diego Muñoz Torrero se habían perdido para siempre.

En cuanto a mí, digamos que abandoné el convento una vez mi compañero Don

Diego se hubo marchado y mi ayuda allí ya no era necesaria.

Poco después me enteré de la trágica muerte de mi amigo en la prisión de San Julián, en unas condiciones penosas, indignas para un personaje que había hecho tanto por su patria.

Y supe entonces que en España habían perdido a un gran hombre, víctimas de su ambición y fatal ignorancia.

**Nazaret Serrano Simancas.**

**Categoría D. Narrativa.**